aquel medio se entendiesen los ausentes; y al cabo, remitiéndose Aguilar a su amo, porque sabiendo que era provechoso en su servicio dudaba de la licencia y temía que si la pedía, o iba sin ella bárbaramente conforme a su costumbre le haría matar, acordó de llevarlo por humildad que era el término con que con aquella gente hasta entonces se había conservado. Diole su amo licencia y le rogó que lo hiciese amigo de su nación, porque lo quería ser de tan valientes hombres. Ofreció de volver a servirle; mandóle acompañar de algunos indios. Los nuestros esperaron en la costa ocho días, como Cortés se lo había mandado, aunque a los castellanos se les había escrito que esperarían seis, y como no vinieron ni los indios con razón ninguna de lo hecho o sucedido, creyeron que los habían muerto u cautivado; y así se tornaron a Cozumel sin ellos. De que les pesó mucho a todos los españoles, en especial a Cortés, creyendo que era verdad la noticia que se le había dado de los españoles que estaban en tierra firme; y enojado de que no aguardaron más tiempo, reprehendió de ello a Ordás y lo recibió ásperamente. En este ínterin que estuvieron aguardando se repararon los navíos de el daño que habían recibido con el temporal pasado y se pusieron a punto.

CAPÍTULO IX. *Castiga Fernando Cortés a unos marineros y viene Aguilar, y la manera como vino a poder de Fernando Cortés y de lo que en Cozumel ordenó y hizo destruyendo los ídolos de un templo donde hizo altar y levantó una cruz*

EN ESTE TIEMPO ACAECIÓ QUE UNOS MARINEROS, naturales de Gibraleón, habían hurtado a un soldado llamado Berrio ciertos tocinos y no se los querían volver, y quejándose a Fernando Cortés les tomó juramento y negaron; pero pareciendo en la pesquisa que los tocinos se habían repartido entre los siete marineros los mandó azotar sin que bastasen ruegos ni intercesiones para que los perdonase, porque en aquel principio le pareció que convenía que la gente entendiese que era amigo de justicia y capitán severo y que sabía castigar los delitos y en cuanto se ofrecía hacer su oficio.

Como la isla de Cozumel era santuario adonde de diversas partes de la tierra firme iban en romería, había muchos y grandes templos. Viose en particular uno de mayor grandeza que los otros adonde una mañana, en un gran patio, se recogió mucha gente que tenían diversos sahumerios que hacían por devoción, y que un indio viejo, que era su mayor sacerdote, les predicaba. Acabado el sermón dijo Fernando Cortés al sacerdote y a los señores, que si habían de ser sus hermanos convenía que quitasen aquellos ídolos que eran demonios y los traían engañados y dejasen de sacrificar derramando sangre humana, cosa aborrecida de el verdadero Dios; y que si a él se volvían se librarían de las perpetuas penas de el infierno y tendrían ciertos los bienes espirituales, buenas sementeras y todos los bienes

temporales. Respondieron, que sus antepasados habían adorado aquellos ídolos porque eran buenos y que ellos no se atrevieran a hacer otra cosa. Y que si se quitasen, verían cuán mal les iba de ello, porque se irían a perder a la mar. Fernando Cortés para mayor desengaño de su yerro los mando despedazar y mando hacer un altar y una cruz de grandes maderos, estando presentes los sacerdotes y los señores, y se dijo misa, estándola mirando los indios con grande atención y admiración.

Acabada la misa, desconfiando Fernando Cortés de cobrar a Gerónimo de Aguilar, no pareciendo que convenía perder más tiempo en Cozumel, encargó a los indios el tener en reverencia y con cuidado y con mucha limpieza el altar y la cruz; dio las instrucciones por donde se habían de regir los navíos y lo que habían de hacer y de noche las señas de los faroles y despedido de los caciques se embarcó con buen tiempo; y siguiendo su derrota dieron grandes voces de un navío, capeaban y dispararon una pieza de artillería. Fue reconocido que era el de Juan de Escalante que llevaba el cazabi que se anegaba. Ordenó el general que otra vez arribasen los navíos a Cozumel, lo cual se hizo el mismo día y descargaron el navío, y hallaron que los indios tenían el altar, adonde la imagen de nuestra señora estaba, muy limpio y enramado.

A esta sazón que pasaba esto en Cozumel vino a la costa Gerónimo de Aguilar y halló rastro de gente que por allí había estado y muchas cruces de caña en la ribera y creyó ser puestas de la gente que le aguardaba y que por haberse tardado se había ido; hallóse afligido por no ver remedio para pasar adelante; pero como esta jornada la iba disponiendo Dios para el bien y reparo de tantas almas como habían de convertirse, así como a Cortés le deparó un Aguilar que le sirviese de lengua, así también le depara Aguilar los medios que son de su libertad y pasaje. Fue caminando por la costa con otros tres compañeros y halló una canoa medio anegada y con el ayuda de los compañeros la limpió de la arena, y estaba de un lado un gran pedazo podrida. Pero como la causa la iba disponiendo Dios para tan buen efecto, como había de redundar de la jornada (como hemos dicho) que es ganar almas para el cielo, proveyó a Aguilar de ánimo para que no temiese el riesgo de la travesía, pudiéndole decir (como le dijo César al otro barquero cuando le llevó en riguroso tiempo y por mar tempestuoso a la parte que quería: pasa sin miedo que la ventura de César llevas contigo), pasa Aguilar, con confianza, que Dios te guardará y la ventura de Cortés llevas contigo. Metiéronse en la canoa y con una duela de pipa, que también hallaron a caso (aunque puesta allí con el cuidado de Dios) comenzaron a remar y pasaron la travesía por lo más angosto, y por las grandes corrientes fue a caer la canoa cerca de la armada (que hasta en esto les favorecieron las aguas).

Estando pues adobando el navío dijeron a Fernando Cortés que se descubría una canoa que salía de Yucatán y iba la vuelta de la isla; salió a verla y pareciéndole que se desviaba algo mandó a Andrés de Tapia que con mucha diligencia en un batel bien armado le fuese cubriendo con la tierra y procurase de tomar aquella canoa; la cual tomó tierra detrás de

una punta. Salieron de ella cuatro hombres desnudos, cubiertas las partes de la puridad y secretas con unos almaycales u fajas (que estos mexicanos llaman maxtlatl). Los cabellos trenzados y revueltos a la cabeza, con flechas y arcos en las manos. Habían llegado Andrés de Tapia con su barca y puéstose adonde le pareció que iba a dar la canoa, y en saliendo los que venían en ella a tierra los acometieron con las espadas desnudas en las manos. Tuvieron miedo los tres y se abalanzaron a meter en la canoa; pero el compañero les dijo que no temiesen y habló a los castellanos diciendo, señores ¿sois cristianos? Respondiéronle que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con esta respuesta que lloró de placer, y llorando preguntó si era miércoles porque tenía unas horas en que cada día rezaba y deseaba saber si andaba herrado. Rogóles que diesen gracias a Dios; hincóse de rodillas levantando los ojos y manos al cielo y bendecía a Dios porque le había puesto entre cristianos. Andrés de Tapia lo abrazó y todos hicieron lo mismo y le consolaron y dieron la vuelta a los navíos; y uno que había ido con Andrés de Tapia en un batel (llamado Ángel Tintorero) se adelantó y dio las nuevas a Cortés y le pidió albricias y se las dio por el contento que recibió de verse con intérprete fiel. Llegó Gerónimo de Aguilar con los demás indios, aguardándole el ejército con grande alegría. Preguntaban los castellanos a Tapia por el castellano, porque como estaba moreno y estaba trasquilado a la usanza de indio esclavo y llevaba el remo al hombro y parecido a un puro indio con arco y flechas en la mano y una bolsilla como red colgada del hombro donde llevaba su comidilla y las horas no le conocieron.

Llegado donde estaba Fernando Cortés rodeado de gente deseosa de oír lo que decía le dio la enhorabuena de su llegada y él hizo una muy grande reverencia y los otros indios hicieron lo mismo y todos se asentaron en cuclillas poniendo a su mano derecha los arcos y las flechas en el suelo y las manos derechas untadas con saliva las pusieron en tierra y fregaron con ellas el lado del corazón, porque ésta era la mayor reverencia y acatamiento que usaban hacer a los príncipes y señores, dando a entender que se humillaban a ellos como la tierra que pisaban; y entendiendo Cortés que ésta era forma de salutación volvió a decir a Aguilar que fuese bien venido, porque le tenía muy deseado; y desnudándose una ropa larga, amarilla, con guarnición carmesí, con sus propias manos se la vistió, rogándole que se levantase del suelo y se asentase. Preguntóle cómo se llamaba; respondió, que Gerónimo de Aguilar y que era natural de Écija. Preguntóle si era pariente de Marcos de Aguilar a quien Fernando Cortés dijo conocía y había tratado en la isla Española; dijo que sí. Preguntóle si sabía leer y escribir, dijo que sí, y si tenía cuenta con el año, mes y día en que estaba, y todo lo dijo como era, dando cuenta de la letra dominical; y preguntadas otras muchas cosas le mandó dar de comer. Comió y bebió poco. Preguntando por qué bebía y comía tan templadamente, respondió porque al cabo de tanto tiempo como había, que estaba acostumbrado a la comida de los indios, la de los cristianos estragaría su estómago y que siendo poca la cuantidad, aunque fuese veneno no le haría mal.

Era ordenado de Evangelio y dijo que por esta causa (aunque fue muy importunado de los indios) nunca se quiso casar. Hízole Cortés muchos regalos, conociendo la necesidad que tenía de su persona para entender a los indios. Y porque era plática larga para una vez informarse de su vida y cómo había llegado a tal estado, le dijo que se holgase y descansase hasta otro día, mandando al mayordomo que le vistiese lo cual no tuvo por entonces por mucha merced, porque como de tanto tiempo estaba acostumbrado a andar desnudo aun la ropa que Cortés le había echado encima no podía sufrir. Otro día, en presencia de menos gente que el día pasado, preguntándole Cortés cómo había dado en poder de aquellos indios, respondió que estando en la guerra del Darién, cuando las pasiones de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, acompañó a Valdivia que iba a Santo Domingo a dar cuenta de lo que allí pasaba al almirante y a los oficiales reales de La Española, y por gente y vitualla y a llevar veinte mil ducados del rey, y que llegando cerca de Xamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras u Alacranes, y que con dificultad entraron veinte hombres en el batel, sin velas, sin pan ni agua y con ruin aparejo de remos, de los cuales murieron presto los siete, porque llegaron a tan grande necesidad que bebían lo que orinaban y que los otros dieron en tierra en una provincia que se dice Maya, adonde cayeron en poder de un cacique muy cruel que sacrificó a Valdivia y otros cuatro, ofreciéndolos a sus ídolos y se los comió, haciendo fiestas según el uso de la tierra; y que él con otros seis que quedaron en caponera, para que en estando más gordos se solemnizase con ellos otra fiesta, determinaron de perder las vidas de otra manera, y rompieron la jaula adonde estaban metidos, y huyendo por montes sin ser vistos de nadie, quiso Dios que aunque iban muy cansados toparon con un señor enemigo de aquel de quien huían, que era humano, afable y amigo de hacer bien. Llamábase Aquincuz, gobernador de Xamancona, el cual les concedió las vidas, aunque a trueco de grande servidumbre en que los puso, y que habiéndose muerto este señor en breve tiempo, sirvió a Taxmar que le sucedió en el estado, y que los otros cinco compañeros murieron en breve, con la ruin vida que pasaban. Y prosiguiendo su relación dijo: quedé yo solo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que estaba con el cacique de Chetemal y casó con una señora principal de aquella tierra en quien tiene hijos. Era capitán de un cacique llamado Nachaneam y, por haber habido muchas victorias contra los enemigos de sus señores, era muy querido y estimado y dijo que le había enviado la carta de Cortés y le rogó que se viniese, pues había tan buena ocasión y que se detuvo esperando más de lo que quisiera y que creía que dejaba de venir de vergüenza por tener horadadas las narices, labios y orejas y pintado el rostro y labradas las manos, al uso de aquella tierra, en la cual los valientes solos pueden traer labradas las manos.